

## PRISIONERO DEL NIDO (II)

Fidel José Fernández y Fernández-Arroyo



Giuseppe Zanini escribió en 1968, de una rapaz a la que devolvió la libertad: «¿Quién puede decir cómo latía su pobre corazón salvaje (...)»? Y añadió: «No olvidaré jamás cómo brillaban, en un momento fugaz, sus ojos enigmáticos y fieros».

Emocionado, inseguro, ebrio de felicidad, excitado como nunca lo había estado antes, el hijo del buitre vibró varias veces, bamboleándose, estremeciendo su cuerpo y sus alas, pero siguió subiendo. Jamás había tenido semejante perspectiva de su mundo.

Había comenzado a transformarse en una criatura diferente. Estaba hecho para eso, para aprender a volar como los buitres, de una forma que pocas aves dominan. Ya no era un prisionero; pero siempre recordaría su nido y el precioso lugar donde creció, el único paisaje que hasta entonces había conocido. Si conseguía sobrevivir, lo que no era fácil, le aguardaba, para buena parte de su vida que podía ser larguísima, una increíble y enorme libertad, algo muy distinto de su etapa anterior. Con una capacidad de desplazamiento extraordinaria, prácticamente sin enemigos naturales... Nació para ser un buitre.

Aún no dominaba, en absoluto, aquel viento brutal que lo había elevado, como si fuera una cometa, haciendo que su primer vuelo resultara bien diferente del descenso planeado que realizan otros pollos de su especie cuando saltan del nido por primera vez. Él no sabía qué hacer, ni cómo bajar; pero un instinto ancestral se estaba despertando en lo más profundo de su ser. Comenzó a maniobrar, a una altura tan grande como la que tantas veces había soñado. Algo hizo mal y descendió de forma vertiginosa, gritando de terror; sus voces retumbaron en el cañón. Pero extendió nuevamente las alas y se puso a planear; avanzando de forma muy lenta, enormemente lenta e insegura,

como lo hacen muchas veces los buitres principiantes. Iba perdiendo altura. Tenía mucho miedo, y sin embargo era inmensamente feliz. De alguna forma, estaba volando. Su vista portentosa le revelaba pequeños detalles de todo lo que tenía bajo él. Contemplaba también, cerca de su nido, el alto páramo, pedregoso y llano, donde habitaba un fantasma, la alondra ricotí, entre otras criaturas capaces de soportar esas condiciones tan extremas. Veía un mundo más variado aún de lo que nunca imaginó; con barrancos y planicies, encinares y estepas, sabinars y quejigares, regueros y cultivos, algunos pueblos lejanos...

Los buitres, que dominan como muy pocas aves las técnicas del vuelo a vela, que desafían al viento, que son capaces de mantenerse en el aire en condiciones adversas (y con lluvia, y en ocasiones prácticamente sin luz, e incluso alguna vez en plena tormenta de granizo, aunque muchos escritos aseguran que no pueden, pero ellos no los han leído), a menudo tardan unos dos largos meses (los que sobreviven), desde que saltan del nido por primera vez, en aprender a volar bien. Y una de las cosas que más les cuesta es, precisamente, aprender a aterrizar.

Nuestro protagonista, que ya iba a poca altura, no sabía cómo posarse, y menos en un cortado. Había visto muchas veces cómo lo hacen los buitres adultos: bajando (a menos altura que el saliente o la repisa) para luego subir, frenando en esa subida, y sacando entonces las patas (el «tren de aterrizaje»); aunque si el terreno es llano, pueden usar las alas para frenar de otra forma. Pero él nunca se había fijado lo suficiente. Así que tomó tierra, en una ladera, de la única forma que se le ocurrió; es decir, dándose un batacazo. (Hacia julio, en esas gargantas, si vemos un buitre que se posa así, casi con seguridad es un pollo, un joven aprendiendo a aterrizar).

.Había sobrevivido a su primer vuelo, pero ahora era vulnerable en el lugar donde estaba. De una forma genética, instintiva, supo que debía subir, andando; y eso hizo, casi corriendo, cuesta arriba, parándose a veces. Así consiguió llegar por tierra a un sitio elevado. Pudo reconocer, desde fuera, su propio nido; en realidad, el mínimo saliente del cortado vertical, blanqueado por las deyecciones, donde estaba su nido, ya prácticamente sin palos después de todos sus ejercicios. Estaba muy lejos, al otro lado del cañón; pero él era una gran rapaz y podía verlo, lo distinguía perfectamente de cualquier otro nido. Quiso volver, aunque ya como un auténtico buitre, no como un prisionero. Pero su plumaje, nuevo y perfecto, lo delataba como el principiante que era.



Buitre Leonado en el Refugio de Montejo.  
Fotografía: Juan José Molina Pérez. 16 de junio de 2019.

Aún le faltaba mucho por aprender, y le iba la vida en ello. No sabía despegar, ni menos aterrizar, ni maniobrar en el aire, ni buscar comida. Era confiado, atrevido e inexperto, como casi todos los jóvenes de su especie. Muchos pasan grandes apuros, y no pocos mueren, en esta difícil etapa de su vida; la época en la que deben aprender a volar, a localizar las carroñas, a competir en los festines; a transformarse en buitres.

Después de unas horas, desde el sitio elevado en el que estaba, el hijo del buitre abrió sus alas enormes y se lanzó de nuevo al viento, mientras latía con fuerza «su pobre corazón salvaje». Poco a poco, mientras practicaba ayudado por su instinto, iba aprendiendo a flotar en el aire, a desplazarse, a girar... Cada vez tenía más confianza. Y descubría que así, planeando como un buitre sobre una tierra salvaje y bellísima, también encontraba la paz...

Dos días después, estaba de nuevo en su nido. Había conseguido regresar. Sus padres seguían acudiendo allí, y él pedía ruidosamente que le dieran de comer, pero cada vez le costaba más conseguirlo. Ya había empezado a volar, y debía aprender a sobrevivir

por su cuenta. Aunque hay otros pollos, pocos, que no se van fácilmente, y siguen pidiendo cebsa durante meses (ha habido casos excepcionalmente tardíos, de hijos que siguen pidiendo comida a sus padres durante muchísimo tiempo); pero no era su caso.

Él iba a hacer lo mismo que muchos buitres leonados de su edad, cuando llegan a dominar el viento, con todo lo que eso significa. Iba a marchar lejos, muy lejos, con otros de su generación, emprendiendo una increíble migración juvenil; al sur, siempre hacia el sur. Los buitres que caen en otoño o invierno, en un tejado o azotea de un pueblo o una ciudad, suelen ser jóvenes en su primer año, agotados y hambrientos, a veces también sedientos; que se recuperan si se les da comida y agua, y descanso, en un centro adecuado. Nuestro protagonista iría al sur de España, al norte de África, y más al sur. Con otros buitres jóvenes, cruzaría el estrecho de Gibraltar, volando sobre el mar donde no hay térmicas, lo que es una proeza extraordinaria en un ave velera como él. Cruzaría incluso el inmenso Sáhara, por la costa o sobre el propio desierto, llegaría más al sur... Conocería tierras lejanas, ambientes muy distintos del Refugio de Montejo donde nació. Él, que hasta poco antes era un pobre prisionero en su diminuto nido...

Para los buitres, en la actualidad, los problemas en gran parte de África son enormes; peores aún que en Europa. Muchos morirán allí. Pero nuestro protagonista, si sobrevive, dentro de unos años volverá. Y regresará precisamente allí, al paraje solitario donde nació, a ese sitio salvaje que no olvidará durante toda su larga vida. En el Refugio de Montejo, su nido tiene un número, se lo ha puesto una persona que lleva 45 años contando todos los nidos (casi mil lleva ya), registrando todos los pollos. Esa persona que posiblemente anote, dentro de unos años, la presencia temporal de un buitre joven, inmaduro, en ese mismo nido. Será el buitre protagonista de este relato, volverá a su tierra y a su mundo. Aunque seguirá haciendo, sin apenas esfuerzo, grandes desplazamientos de cientos de kilómetros por extensas regiones de la Península Ibérica, convertido en un buitre y disfrutando de la libertad que le corresponde, ya siempre fijará su residencia allí, en aquellos bellísimos cortados calizos que albergan el nido donde nació, el nido del que fue prisionero; el nido del que, dentro de varios años, posiblemente algún descendiente suyo también será prisionero; si Dios quiere, si esa tierra se mantiene hermosa y salvaje, si todo sale bien.

Dr. Fidel José Fernández y Fernández-Arroyo  
Presidente del Fondo para el Refugio de las Hoces del Riaza

\* Fotografía cabecera: Buitre leonado en el comedero del Refugio de Montejo. Fotografía: Jesús Cobo Anula. 15 de julio de 2019.